

Humberto Fuenzalida Villegas

Visión de Venezuela



ENEZUELA, en el continente suramericano, representa mucho por su historia y por su cultura. La guerra de la independencia arrancó de su patria venezolana a muchos hombres ilustres que se esparcieron por la América como semillas generadoras de libertad. Hubo un momento de la historia en que la mayoría de las naciones recién formadas tenían a su cabeza a un lugarteniente de Bolívar: Páez en Venezuela, Bolívar y Urdaneta en Colombia, Flores en el Ecuador, Sucre en Bolivia. Y son los colores de Venezuela los que se multiplicaron en las banderas de los países bolivarianos. Así como hacia su contorno sembraba hombres que llevaron la gesta libertadora, como rachas de un viento fresco en la aridez del desierto, hacia el sur enviaba representantes de su cultura: Don Andrés Bello en Chile es una prolongación civil de la gesta con la cual Venezuela se desangró durante veinte años por todo el continente.

Pero Venezuela también merece nuestra atención

por su individualidad geográfica, por sus excelencias físicas. Lleno como de un pequeño signo, me ha parecido siempre el hecho de que Venezuela, atravesada al norte sobre el continente, abarque las tres grandes regiones que es posible distinguir en él: Cordillera de los Andes, llanuras intermedias y tierras altas orientales. De este modo, Venezuela es el único país que se extiende sobre todos los dominios físicos discernibles en el continente. Por otra parte, si no se dilata mucho en el sentido de los meridianos, gracias a su orografía se reproducen en su seno, en modestas proporciones, los climas que la América presenta en su desarrollo de norte a sur. En Amazonas, Guayanas, Delta, Amacuro, Zulia, está la selva ecuatorial con su densa urdimbre de plantas; en los llanos la sabana undosa, abierta y despejada como una eterna invitación a la errancia; en Lara y Falcón el paisaje árido y cespitoso de las inmediaciones del desierto; en los Andes la tierra templada con su alta densidad de vida humana y sus cultivos característicos. Más arriba aun, hacia las alturas, vienen los páramos donde se asienta una curiosa vida pastoril, y en los dientes de las sierras, la albura de los hielos y de las nieves eternas. Opuesto al Brasil, que es el país de las cosas grandes y que, sin embargo, es incompleto, pues no logra extenderse sobre la Cordillera de los Andes—columna vertebral del continente—Venezuela realiza un equilibrado simposium en que toda la América se representa.

Miro, pues, a la tierra venezolana un poco así co-

mo Bolívar la sintió en la acción militar y política: como un compendio de la América, a ratos con paisajes suaves y humanizados, a ratos con tierras ásperas, con cordilleras fragosas, a ratos con intrincadas selvas, donde el hombre se pierde y aniquila, bajo el golpe de las fiebres y del empuje vegetal.

Al mismo tiempo que como un país compendio, siento a Venezuela como un país armónico. Mientras los otros países suramericanos están dominados por el conjunto andino, o por las planicies, en Venezuela la montaña y la llanura se combinan armoniosamente en diversas regiones naturales, dispuestas, si se me permite decirlo, hasta con arte. La Cordillera de los Andes forma su margen occidental con sus altas sierras, con sus montañas vivamente humanizadas. Una prolongación más modesta, pero también más múltiple, se desprende desde el estado Lara y forma el frente septentrional del país, mirando al Mar de las Antillas: el mar de los galeones y de las urcas, por donde se paseó todo el pasado español del continente. Detrás del biombo de las montañas, se abre la mano inmensa de los Llanos, con sus sabanas, sus morichales, sus bosquetes aislados y sus selvas ribereñas. Más lejos aun, ceñida por el Orinoco, surge la Guayana, con sus sierras misteriosas, su corazón montañoso y solitario, sobre el cual todavía los mapas inscriben el apasionante mote de «Terra Incognita», que embrujó a toda la juventud del novecientos. De este modo, Venezuela es una combinación de llanuras y de tierras altas, de colinas y

de cordilleras, al revés de otros países, tan monótonos desde el punto de vista de la orografía. Hay más, en cada uno de estos sectores, ningún paisaje logra generalizarse y abarcarlo enteramente. Hay en las tierras intertropicales, una sensibilidad enfermiza, pudiéramos decir del paisaje a las variaciones de la lluvia. Basta que un pequeño rincón se encierre un poco a consecuencia del relieve, o que la montaña se tuerza con relación al viento marino, para que, instantáneamente, la vegetación empiece a cambiar. Así, en un modesto recorrido, el viajero tiene ocasión de encontrarse con los paisajes más opuestos. Nada más significativo, a este respecto, que el viaje entre Puerto Cabello y Carora. Se parte con la selva tropical establecida rigurosamente en toda la planicie costera desde el Palito hasta el límite con el estado Yaracuy. A partir de San Felipe empieza a sentirse como el paisaje se diversifica. Continúa aún la selva, pero ahora no ofrece la alta densidad de las regiones costeras; en casi todas partes ella ha sido roturada para el establecimiento de grandes cacaotales. Todo el valle del río Urachiche está formado por grandes campos cubiertos de herbazales y cultivos. Si continuamos avanzando por la carretera, transigimos lentamente a un paisaje en el cual empiezan a aparecer los cactus, los quiscos, las opuntias, el cují, que nos recuerda poderosamente el paisaje de sécano de Arizona y Atacama. Estamos ya en las inmediaciones de Barquisimeto y el cocuy y el figue, con sus varas floridas, se enseñorean del paisaje. En

un recorrido de varias horas hemos transigido, a través de todos sus intermediarios, desde la selva húmeda hasta el paisaje castellano de Quibor y Carora.

En este esquema físico, el hombre se ha establecido desde temprana fecha. En Venezuela está el único sitio de la América del Sur en donde el descubridor puso su planta: playa que los indios llamaban Macuro, y que actualmente figura en los mapas con el nombre de Puerto Colón, en honor del Almirante. Por Cumaná empezaron los primeros esfuerzos de establecimiento religioso, dirigidos por Las Casas, pero estos esfuerzos fracasaron luego, por la beligerancia de los indios. El establecimiento civil, empieza con la fundación de Santa Ana de Coro, por Juan de Ampués en 1527. La ciudad se levantaba en un paisaje árido, cubierto de médanos, en las vecindades de algunas pesquerías de perlas que se explotarían más tarde. Alfin-ger fundaba tres años después, con ocasión de su primera incursión al lago San Bartolomé, una efímera ranchería, en el mismo sitio en que en 1571, fundaría la Nueva Zamora (Maracaibo) don Alonso Pacheco. Santa Ana de Coro no se demostró como el sitio más adecuado para servir de centro a las campañas de descubrimiento y conquista, casi todas impulsadas por la leyenda de «El Dorado», aliciente indispensable de todas las primeras penetraciones. Así, Juan de Carvajal fundaba, a fines de 1545, la ciudad de «El Tocuyo», que durante mucho tiempo ri-

valizó en importancia con el primer centro español en la provincia. Nueva Segovia (Barquisimeto), se fundaba en 1552, porque en la región había «muchos indios para repartimiento». En ella se afincaban, pues, las actividades agrícolas, del mismo que del año anterior, se había fundado San Felipe de Buria, para asentar las primeras explotaciones mineras que conoció el país. En 1555 se fundaba Valencia del Rey, a media legua de las riberas del lago Tacarigua, en un hermoso valle, maravillosamente apropiado para los afanes de la agricultura.

Por Cumaná, que en los primeros años de la conquista dependía directamente de la Audiencia de Santo Domingo, fundaba Jácome Castellón, en 1532, Nueva Córdoba en la Tierra firme y Nueva Cádiz en la isla de Cubagua; pero ambas ciudades tuvieron una vida muy efímera por las vicisitudes de la guerra. La parte central de la Cordillera Caribe fué la más tardía en poblarse. El primer esfuerzo lo hace un mestizo emprendedor, Francisco Fajardo, al fundar un asiento, que denominó Rosario, en algún sitio entre Caruao y Caraballeda. Es exactamente diez años después, cuando don Diego de Losada echa los cimientos definitivos de la capital de Venezuela, bajo el nombre de Santiago de León de Caracas, en el valle que entonces se llamaba de San Francisco y que hoy designamos con el nombre de la ciudad. Diez años más tarde solamente, en tiempos de Juan de Pimentel, esta ciudad, fundada en la región más hostil para las armas espa-

ñolas por su brava población indígena, se transformaba en la capital de la provincia, gracias a sus condiciones estratégicas y a la salubridad de su clima. Desde Caracas, los españoles se repartieron por las inmediaciones; dando origen a algunos asentamientos urbanos que marcaban la pacificación de la tierra. El más importante de ellos fué San Juan de los Reyes, fundado por Sebastián Díaz de Alfaro, en 1583.

La ocupación del resto del país se hizo de muy diversa manera. Las empresas de armas nunca lograron establecerse definitivamente en la costa de Cumaná. Los indios de las serranías y los de la vecina provincia de Barcelona, no dieron paz a las expediciones españolas. La ocupación viene a tomar su carácter definitivo muchos años más tarde. Una cédula real, hacia mediados del siglo XVII, prohibió toda expedición militar contra los indígenas del país de Cumaná. Cuatro años después llegaba la primera misión de religiosos franciscanos. Trece se suceden hasta el año 1755, en que vino la última. Mientras los franciscanos se dedicaban a colonizar, principalmente en la provincia de Barcelona, los capuchinos aragoneses trabajaban en la de Cumaná. Estos últimos recibieron también la misión de colonizar la Guayana. En las dos primeras provincias el establecimiento de los religiosos y la pacificación de los indios se hizo con resultados sorprendentes, pero en la tercera los resultados fueron mediocres. Respecto de ésta hay que recordar que Antonio Berrío había fundado en 1592, sobre las márgenes

del Orinoco, Santo Tomás de Guayana, que subsiste en la actualidad bajo el nombre de Guayana la Vieja, y su hijo, don Fernando, en 1619, Santo Tomás de la Nueva Guayana, que conocemos hoy día con el nombre de Ciudad Bolívar.

Esta es, a grandes rasgos, la historia de la ocupación de la tierra

¿Cómo iba el hombre a someter a contribución el país rescatado de este modo a las hordas primitivas?

No se puede decir de Venezuela que las montañas periféricas actuaran como barreras aisladoras. Más que por la fragosidad del terreno, las dificultades para el establecimiento español, resultaron del carácter aguerrido de las tribus indígenas, contra las cuales, al principio, chocaron infructuosamente las modestas expediciones organizadas para establecer el dominio hispánico en la Cordillera Caribe. Pero apenas diez años después del primer intento realizado por Fajardo, ya Santiago de León de Caracas, colocada en su centro, estaba en condiciones de actuar como centro civil de la provincia. Los establecimientos españoles fundados en las regiones de Coro y del Tocuyo, pasaban a segundo término. En efecto, el español encontraba en la montaña un clima menos excesivo, y en el cual prosperaban mejor los cultivos necesarios para su alimentación. Puede decirse, sin exagerar mucho, que la vocación de la montaña en este país ha sido principalmente agrícola. Primero en las depresiones intermedias, en el

valle de Caracas, en los valles de Aragua, en los valles de Valencia y del Tuy, se establecen los cultivos con el mismo sistema de repartimientos y encomiendas que los españoles van a implantar por toda la América. En los primeros años de la conquista, sin embargo, se generan unos cuantos asientos mineros en aquellos sitios donde algunas vetas de desigual valor, ofrecían ciertas expectativas al esfuerzo humano. El primero de estos asientos fué el de San Felipe de Buria, creado por Damián del Barrio en 1551. El segundo se estableció en Los Teques, en pleno dominio del cacique Guaicaipuro. Poco más tarde, otras explotaciones se establecieron en las inmediaciones del valle de San Francisco. Mucho después, en el siglo XVII, se descubrió el distrito de Aroa, único asiento que mereció una explotación prolongada y de entidad. Pero no es el destino minero el que impera definitivamente. Es el agrícola.

Difícilmente podemos imaginar nosotros, gente de tierra templada, la vida de la montaña en el trópico. Mientras entre nosotros, los establecimientos humanos se ralean y quedan exclusivamente limitados al fondo de los valles, en el trópico apenas uno penetra en ellos, la vida humana adquiere una densidad desconocida en otras regiones del país. Hay sitios de la Cordillera de los Andes y de la Cordillera Caribe en los cuales las densidades de población suben a cifras europeas. En el valle de Caracas se registran densidades superiores a 300 habitantes por kilómetro cuadrado. En

algunos sitios de los Andes venezolanos se observan densidades de 135 habitantes por kilómetro cuadrado. Al mismo tiempo que crece la densidad de población crece la densidad de los cultivos. No hay partija de suelo, por donde pueda pasar un arado, que no sea sometida a contribución por el hombre, y en los largos faldeos del Estado Trujillo, en particular, el viajero puede deleitarse contemplando las serranías cortadas hasta el infinito por innumerables panelas, de variado color, donde prosperan toda suerte de sementeras. Al escuadramiento de las tierras se agrega la densidad de las viviendas. Junto a cada parcela se levanta la alquería, con sus techumbres rojas, si son hechas de tejas o pardas si todavía impera el techado con hojas de palmera. Los pueblos, todos pueblos agrícolas, se suceden a lo largo de la ruta y debido a las dificultades técnicas para tender el riel, el camino adquiere una vida que desconocemos en la tierra templada. El tráfico es ininterrumpido. Continuamente circulan camiones, vehículos de transporte colectivo, camionetas, recuas de mulares que derivan hacia las partes más frías de las sierras, arcos de ganado que concurren a las aglomeraciones, al mismo tiempo que campesinos modestos concurren a los mercados con sus productos acondicionados sobre acémilas o sobre los curiosos bueyes cargueros que dan tanto color local a los caminos de los Andes. A lo largo de la ruta se suceden también las posadas en donde los viajeros se detienen a beber el roncito o a tomar un refrigerio. En estas

posadas a menudo se exaltan las excelencias de la región y se pueden admirar las curiosidades de la tierra. Antes de los largos despoblados o antes de las partes peligrosas del camino, instalan sus viviendas de fortuna los mendigos para impetrar la caridad pública. Según la creencia popular hay que darles una limosna para pagar el rezo que asegurará la felicidad de la travesía. Y algunos cómo, sin quererlo, ganan aún fama de milagrosos.

Muy distinto ha sido el destino de la llanura. En realidad en Venezuela debemos distinguir dos clases de llanuras. Las llanuras litorales, que se desarrollan preferentemente hacia los estados occidentales, en donde todo el contorno del lago Maracaibo está formado por tierras bajas, ceñidas a su vez por la cordillera de Perijá y el sistema Coriano y Andino. Esta región es lo que en Venezuela se ha convenido en designar con el nombre de Cuenca del Zulia, según el nombre de uno de los tributarios del Catatumbo. Es ésta una región explorada por los españoles apenas se establecieron en el país pero que, a causa de las dificultades que oponían el clima y la vegetación, sólo se ha poblado como región de tránsito. Hacia la desembocadura del lago, donde se establece un clima más benigno debido a la aridez, se asienta Maracaibo, la segunda ciudad de Venezuela, cuya fortuna se desprende de la favorable posición y del tráfico de productos que, por el catatumbo y el Chama, le llegan de las cordilleras venezolana y colombiana. En la actualidad, esta for-

tuna se ha visto fantásticamente acrecida por fabulosos yacimientos petrolíferos que han dado a toda la región, rango en las estadísticas mundiales. Las tierras bajas del Estado Falcón, benefician más o menos de las mismas características.

Caso muy distinto presentan las llanuras interiores: Los llanos. Desde un principio se afirmó en ellos un destino pastoril. Unos cuantos cientos de reses provenientes de Margarita, se multiplicaron de tal modo, que la población ganadera de los Llanos, hacia fines del siglo XVIII se estimaba superior a los siete millones de cabezas. Este destino pastoril, va a darle a los Llanos una fisonomía enteramente opuesta a la de la montaña. Aquí es el dominio de las extensiones ilimitadas, del paisaje horizontal en donde el hombre puede moverse libre como el pájaro. Grandes extensiones de la llanura, todavía hoy, aparecen enteramente inocupadas. Las aglomeraciones humanas han podido prosperar sólo en aquellos sitios donde las necesidades del tráfico imponían su existencia. Como el transporte se hace principalmente por los ríos, surgen así San Fernando de Apure, Nutrias, Buzual, Guasualito, todas en las márgenes del río Apure. Porque en el Llano, hasta fecha muy reciente, no existían los caminos carrozables. Eran innecesarios. Una red fluvial densa procuraba al hombre las vías necesarias para la circulación de sus productos. Los caminos eran huellas de ganado, y por ellas desfilaban, al fin de la época de las lluvias, hileras interminables de reses que con-

currían a los centros de consumo o buscaban los puertos de exportación. Así nacieron algunos centros urbanos que no estaban ubicados a la orilla de los ríos y que jalaban los recorridos de acuerdo con las jornadas. Es hacia la periferia del Llano, en aquellas partes en que entraban en contacto la llanura y la montaña, donde el hombre se establecía definitivamente y donde se asentaron las principales poblaciones que dirigieron su destino. Allí, al mismo tiempo que la ganadería, prosperaba la agricultura y un horizonte más variado permitía géneros de vida más diversos. Así surgen Barinas, Guanare, Acarigua, San Carlos, Ortiz, en donde se asienta toda la riqueza que crea la ganadería y la agricultura. Todavía, cuando uno pasa por estas ciudades, siente en el lujo de sus edificios el bienestar del pasado. La casa Blanquería en San Carlos, el Marquesado en Barinas, conservan hasta nuestros días, en sus salas quietas, primorosamente artesonadas, en sus muros decorados con todo lujo, en sus claustros silenciosos, el eco de las fiestas y el esplendor del pasado.

Al mismo tiempo que se desarrolla el Llano surge el llanero, el hombre que expresa a su paisaje y habla por él. Viste el garrací, traje de liencillo, sobre el cual las mujeres tejen primorosos bordados con los colores nacionales; se cubre con un sombrero de alas anchas y calza la alpargata. Monta en caballos de mediocre estampa, pero de una resistencia a toda prueba. Sobre la montura lleva terciada la cobija que le sirve

para abrigarse en las frescas amanecidas y protegerse de los chubascos de la llanura. Estriba con el pulgar y es un jinete admirable. En las vaquerías luce su habilidad de jinete, y su habilidad de peón en las faenas del herraje y marca. En las noches, bajo los caneyes, tiende el chinchorro y cuenta largas historias que llenan su vida de poesía y de gracia. El cuento, para el llanero es su medio de comunicación. Cuando trata de describir un personaje, echa su cuento; cuando quiere ponderar la braveza de un ganado, echa su cuento; cuando quiere lamentarse de algo, echa su cuento. El cuento es el alma del Llano y anda de boca en boca, de caney en caney, de ható en ható, como el vehículo que lleva todas las emociones y todas las experiencias de los hombres. Frugal y esforzado el llanero vive del Llano. Le basta un puñado de café y un poco de maíz para emprender las más largas travesías. En los hatos la hospitalidad es legendaria y sabe que en cualquier parte será bien recibido.

Pero Venezuela no es esto solamente. Fuera de la montaña y de la llanura debiera hablar todavía del oriente, del venezolano navegante, que en sus balandras se arriesga por las aguas del Mar de las Antillas, donde son frecuentes los tornados y las trombas; debiera hablar del trabajador errante que sigue la fortuna de los jornales y tan pronto extrae sarrapia en las Guayanas, como trabaja en las petroleras o en las obras portuarias. He conocido alguno y he viajado largas noches con un Juan Bimba, que venía a pie desde el

Parguaza hasta Puerto Cabello; la estación sarrapiera había sido mala y no dió lo suficiente para el pasaje. Debiera hablar de los caucheros que se internan hacia la Guayana en busca de la resina preciosa; debiera hablar de los oreros que trabajan en los afluentes del Caroní o de esos curiosos buscadores de minas que penetran por el alto Orinoco y guardan celosamente sus secretos de la codicia de los aventureros. Hay tantas cosas humildes que forman el corazón de este hermoso país.

Pero el tiempo nos retiene. Saludemos desde aquí, en este día en que se festeja el nacimiento del Libertador y en que a lo largo de todas las ciudades y los pueblos de Venezuela las calles embanderadas recuerdan la grandeza de uno de sus hombres, a todos los venezolanos dispersos por la tierra que trabajan y laboran por la grandeza de su suelo, a todos los venezolanos que se han vuelto hacia el interior de su patria y requiriendo el arado, la cabalgadura, la herramienta, el libro o la máquina, están fraguando, escondidamente, un gran corazón americano. (1)

(1) Trabajo leído en la velada en homenaje al natalicio de Bolívar, el 24 de julio próximo pasado, en el Salón de Honor de la Universidad de Chile.